

La arquitectura de Palacio Nacional. Continuidades y rupturas (Fragmento)

Debería esperarse hasta la llegada del presidente Porfirio Díaz para asistir a la transformación modernizante a la que sometió al Palacio. Durante su largo gobierno fueron infinidad las obras pequeñas que se hicieron. Hay que destacar sólo las más importantes o significativas, sin detenerse en las reparaciones al Salón de Embajadores, los cobertizos para la artillería del Palacio, un concurso amañado para renovar la fachada principal que no entregaron a Antonio Rivas Mercado, el Observatorio Meteorológico que se mandó construir en la azotea, las decoraciones de Claudio Molina en la Sala de Audiencias, la de espera, el salón fumador o morisco, la del Consejo, las estaciones de tranvías eléctricos en el Zócalo a partir de 1906, los 100 mil pesos, que no eran poca cosa, que se gastaron en baños, cubiertas y cuarteaduras entre 1907 y 1908, así como la decoración del comedor de encino, que bajo la cubierta conserva aún las placas de El Palacio de Hierro.

En 1891, con el hierro de los cañones tomados a los conservadores en las batallas de Silao y Calpulalpan, y fragmentos de proyectiles franceses, se mandó fundir a Miguel Noreña una escultura estupenda de Juárez, misma que se colocó entre el primer y el segundo patios Marianos. Se trata de una pieza de gran formato, pensada en asociación con la arquitectura, y que es imposible admirarla sin su contexto. Ese mismo año, a iniciativa del mismo Manuel Dublán, la Secretaría de Hacienda inició su expansión en lo que fuera la casa habitada por el mismo Juárez, espacios que aún conserva. Una obra significativa fue el traslado desde el pueblo de Dolores de la campana histórica que tocó el cura Hidalgo al llamar a la insurrección. El hecho se consumó en 1896, entre eufóricos gritos cuando se colocó en el nicho que se había mandado construir, sustituyendo al viejo reloj, y tocó por primera vez en su nueva ubicación horas después, el 15 de septiembre de aquel año. Entre 1900 y 1901 se realizó una obra pequeña pero significativa, pues implicaba la modernización, tan anhelada por Díaz, del Palacio y del país: en el baluarte sur se instaló un elevador eléctrico —existió uno anterior que nunca funcionó—, que costó 11,860 pesos más el monto del equipo. Este hecho sólo complementaba la introducción en el Palacio del teléfono en 1882, y la luz eléctrica en 1895. En 1901 a Rivas Mercado, tal vez en compensación, se le encargó decorar el Salón Panamericano,

elegante espacio solucionado con un orden corintio, jaspes, granitos y mármoles. Hasta la fecha se conserva y puede admirarse.

Para celebrar el Centenario de la Independencia en 1910, el Palacio Nacional era el espacio obligado donde debían rematar los festejos. Sus organizadores no escatimaron esfuerzos. Hubo dos momentos climáticos en que se debió adaptar con obras importantes: la gran cena-baile del 23 de septiembre, y la ceremonia cívica de clausura de las fiestas el 6 de octubre. En la primera, más mundana, se adornó el enorme espacio con profusión de bustos y esculturas de los próceres de la patria y aun del gobernante en turno. El arreglo incluyó tapices, una iluminación muy llamativa, lunas venecianas y un gran plafón. El comedor y tocadores se adaptaron en el corredor del primer piso, mientras que el baile se desarrolló en el patio. Las obras estuvieron a cargo del arquitecto Genaro Alcorta. La segunda ceremonia fue de carácter diferente. Se encargó a los arquitectos Nicolás y Federico Mariscal un catafalco cívico que engalanara el patio. Tuvieron 12 días para realizar la adaptación y redecoración. El catafalco se iluminó de manera dramática y se adornó con alegorías de armas, trofeos guerreros y una gran águila que coronaba el monumento, así como colgaduras y drapeados.